

podía responder de ello. Solo en un sitio acaso, es decir, á legua y media ó dos leguas de Castro-Nuevo tendríamos que entablar alguna negociacion con una compañía que habia elegido su domicilio en las cercanías; pero en todo caso, Salvadore respondia que el derecho de pasaje que se nos exigiera, suponiendo que se nos exigiese, no pasaria de diez ó doce duros. Como se ve, era una miseria que no valia la pena de que se ocupase uno de ella.

Arreglado este punto, Menamos un vaso de vino, que presentamos á Salvadore y brindamos á nuestro feliz viaje.

Todo estaba arreglado, y no faltaba mas que avisar al capitán Arena de la resolucion que habíamos tomado, á fin de que diese la vuelta á Sicilia con su buque y fuese á reunírse nos en Palermo. En consecuencia me buscaron un mandadero, que mediante medio duro, se encargó de llevar una esquéla mia al puerto. Contenia la invitacion á nuestro bravo patron de venir á hablar-nos á la mañana siguiente antes de las nueve, y le designaba algunos objetos de primera necesidad que debian constituir nuestro equipaje de viajeros, con lo que aguardaríamos pasablemente en Palermo el resto de nuestro equipaje.

Con esto Mr. Politi, viendo que parecíamos deseosos de estar en nuestro cuarto, se despidió de nosotros, ofreciéndose á ser en persona nuestro cicerone para el dia siguiente, suplicándonos previniésemos á nuestro huésped que comeríamos con él.

EL CORONEL SANTA-CROCE.

Gracias á la discrecion de Mr. Politi, que nos habia permitido recoger nos temprano, estábamos al dia siguiente de pié y prontos á seguirle cuando fué á buscarnos á las seis. El calor despedido por las rocas peladas sobre las que marchábamos, habia sido tan sofocante la vispera, que habiamos resuelto alejarnos de allí en lo posible, yendo por la campiña desde por la mañana.

Salimos por la misma puerta que la vispera, acompañados de Mr. Politi y seguidos de nuestro amigo Ciotta, del que habiamos intentado desembarazarnos, pero que, semejante al jardinero del *Matrimonio de Figaro*, no habia sido tan tonto que se desprendiese de tan buenos amos. Esperando que nos diese pruebas de su erudicion, nos daba entretanto señales de su buena voluntad, llevando el parasol, el taburete y la caja de colores de Jadin.

La primera huella de antigüedades que encontramos fué los sepuleros, excavados en la roca misma, como habia ya encontrado otros semejantes en Arles y en la

aldea de Ramo ; dejé á Jadin engolfarse con Mr. Politi en una profunda discusion científica, y me encaminé con Ciotta hácia un pequeño edificio cuadrado de una construccion bastante elegante, coloca dosobre un basamento y adornado de cuatro pilastras.

Despues de haber ensayado inútilmente explicarme por mi propia ciencia arqueológica el antiguo destino de este edificio, forzoso me fué acudir á la erudicion de Ciotta, y le pregunté si tenia alguna opinion sobre aquella ruina.

— Ciertamente, excelencia, me dijo. Es la capilla de Fálaris.

— ¡ La capilla de Fálaris ! respondi yo bastante admirado de aquella singular amalgama de palabras. ¿ Lo creeis así ?

— Estoy seguro de ello, excelencia.

— Pero ¿ de qué Fálaris ? pregunté yo. Porque al fin puede haber habido dos, y la reputacion del primero podria haber dañado á la ilustracion del segundo.

— ¡ Pero de quién ! respondi Ciotta admirado de la pregunta. Del famoso tirano que habia inventado el toro de cobre.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! Perdonad, no le creia tan devoto.

— Tenia remordimientos, excelencia, tenia remordimientos ; y como el palacio que habitaba estaba á algunos pasos de aquí, hizo edificar esta capilla á la proximidad del susodicho palacio para no tener que separarse mucho cuando queria oír la santa Misa.

— Perdonad, signor cicerone, mas la explicacion me

parece tan juiciosa, que os pediré el permiso de inscribirla en mi album.

— Hacedlo, excelencia, hacedlo.

En aquel momento Jadin se unió á nosotros ; como no queria privarle de la explicacion luminosa que me habia dado Ciotta, le dejé con él y me reuni á mi vez á Mr. Politi para visitar el templo de los Gigantes, mientras que Jadin hacia con cuatro líneas de lápiz un boceto de la capilla de Fálaris.

El templo de los Gigantes no es hoy sino un monton de ruinas, y si, como dice Biscari, no se hubiese hallado un triglifo entre aquellas ruinas, no se sabria aun á qué orden de arquitectura pertenecia este edificio.

Segun toda probabilidad, este templo, que parecia edificado para una eternidad, fué derribado por los bárbaros. En 1401, Fazello, el cronista de la Sicilia, dice haber visto todavía en pié tres de los gigantes que formaban los cariátides. Son los tres gigantes que la Girgenti moderna, como hija orgullosa de su raza, ha tomado por armas. Algun tiempo despues un temblor de tierra los derribó, y hoy de toda aquella *corte de colosos*, como dice el lema de la ciudad, no queda sino un pobre gigante tendido, cuyos pedazos se han aproximado, y que puede dar todavía, así como un trozo de las famosas columnas de este templo, en cuyas estrias podia ocultarse un hombre, una idea de la grandeza del monumento.

Medimos el gigante de piedra ; tenia de veinte y cuatro á veinte y cinco piés, comprendiendo en ellos sus brazos doblados por encima de la cabeza.

Por lo demás, sus contornos están bastante borrados, habiendo sido revestidas de estuco, segun toda probabilidad, esas caríatides, y hallándose recostadas en pilas-tras por su parte posterior.

Nuestro amigo Ciotta habia fundado sobre aquella figura un sistema no menos ingenioso que el que nos habia desenvuelto sobre la capilla de Fálaris; pensaba que el gigante era uno de los antiguos habitantes de la Sicilia que habiendo tenido la imprudencia de caer en una fuente petrificante, habia tenido la fortuna de conservarse allí intacto hasta el dia en que, habiéndose quedado la fuente en seco por un temblor de tierra, se le habia encontrado allí tal como estaba hoy.

Del templo de los Gigantes tuvimos que atravesar la via antigua para ir al de Hércules. Este está todavía peor tratado que el inmediato. Una sola columna ha quedado en pié. Este es el templo de que habla Ciceron, á propósito de la famosa estatua del hijo de Alemene, tan magnífica que era difícil ver nada mas bello: *Quo non facile dixerim quidquid vidisse pulchrius*. Así cuando Verres, que la habia encontrado muy conveniente para si, quiso apoderarse de ella, hubo un motin, y los habitantes de Agrigento arrojaron á pedradas á los mensajeros del prócónsul romano.

Visitadas aquellas ruinas, bajamos por la puerta de Oro, y atravesando el recinto de las murallas, avanzamos hácia un pequeño monumento cuadrado, que unos aseguran ser la tumba de Hieron, y otros la de un célebre corsario. Por lo demás, los unos y los otros dan tan poderosas pruebas en apoyo de su asercion, que

nuestro cicerone, embarazado entre ellos, nos dijo para conciliarlo todo, que aquel sepulcro era el de un antiguo rey agrigentino, que se habia hecho enterrar con un caballo que queria mucho.

Á trescientos pasos mas allá hay dos columnas engastadas en las paredes de una casita de campo: eso es todo lo que queda del templo de Esculapio. La llanura en medio de la que se levanta esta casita, se llama todavía *il campo romano*. En efecto, en aquel campo fué donde, al decir de Polibio, acampó una parte del ejército romano en la primera guerra púnica.

Como el sol, con el cual habiamos hecho la víspera tan íntimo conocimiento volvia á comenzar á hacernos los honores de la ciudad, que segun Pindaro, no se desdeñaba en otro tiempo de cantar él mismo, nos privamos de los templos de Vulcano, y de Cástor y Pólux, y la piscina ahondada por los prisioneros cartagineses en el valle de Acragos. Ciotta insistió mucho en conducirnos allí, pero le prometimos pagarle como si lo hubiéramos visto, lo que le quitó en el mismo instante todo resentimiento.

Al volver á la posada, encontramos al capitan Arena que nos esperaba con nuestro cocinero. Nos admiramos de esta infraccion de las leyes de la policia napolitana, que prohibia, segun se recordará, al susodicho Cama poner pié en tierra. Pero el pobre diablo habia suplicado tanto se le alejase del elemento en el cual no habia tenido un instante de reposo, y que recientemente habia pensado le fuese fatal, que el capitan, ablandado por sus súplicas, le llevaba para preguntarnos si á pesar de la

prohibición hecha con respecto á él, queríamos cargar con la responsabilidad de llevarle con nosotros á Palermo por tierra. La víctima aguardaba nuestra respuesta con una fisonomía tan compungida que no tuvimos ánimo para negarle su súplica. A riesgo de lo que pudiera resultar, Cama fué, pues, con gran satisfacción suya, reinstalado en tierra firme. Cinco minutos despues, nuestro huésped acudió presuroso para preguntarnos si estábamos descontentos de nuestra comida de la víspera. Como no teníamos motivo para disgustar á aquel hombre, que habia hecho verdaderamente todo lo que habia podido, le dijimos que lejos de quejarnos de él, estábamos por el contrario muy satisfechos; entonces nos rogó fuésemos á poner orden en su cocina, donde Cama revolvía todo de arriba abajo. Corrimos allí al punto, y hallamos allí efectivamente á Cama en medio de cinco ó seis cacerolas, pidiendo á grandes gritos algo que acomodar dentro de ellas. Esta indiscreta petición era lo que habia ofendido á nuestro huésped. Hicimos comprender á Cama que sus exigencias eran exorbitantes, y le indicamos dejase al cocinero de la casa disponernos á su gusto los doce ó quince huevos que habia reunido á duras penas. Cama se retiró refunfuñando, y no le consolamos sino prometiéndole que tomaria la revancha durante nuestro viaje de Agrigenti á Palermo.

El capitán habia llevado todos nuestros efectos, y á todo evento un centenar de duros. Pero, como lo que Mr. Politi nos habia dicho del camino no nos animaba á cargarnos de dinero, le suplicamos volviere á llevarse al buque la referida suma, donde estaria mucho mas se-

gura que en nuestros bolsillos. Teníamos entre Jadin y yo unos 700 ú 800 francos, y nos parecia tahto mas suficiente en aquellas circunstancias, cuanto que el capitán nos prometia reunirse á nosotros dentro de unos diez días. Al principio temió que un accidente sobrevenido al Speronare le obligase á detenerse algunos días en Girgenti para comprar un ancla que reemplazase á la que habia quedado en el fondo del mar; pero Filippo se habia sumergido tanto y tan bien que habia desprendido al cabo el diente de hierro de la roca en que se habia mordido, y entonces, despues de sumergirse siete veces en la profundidad de veinte y cinco piés, habia vuelto á aparecer en la superficie del agua con su áncora. Al punto Pietro y Giovanni que le aguardaban, se habian arrojado al mar con un cable; habian pasado el cable por el anillo y el áncora habia sido triunfalmente izada sobre el buque.

Marchando, pues, todo perfectamente, nos despedimos del capitán, dándole cita en Palermo.

Inmediatamente despues del almuerzo, que despues de la lista que se ha visto, no debia emplearnos mucho tiempo, fuimos en busca de las cosas notables que la misma Girgenti podia ofrecernos. El número era muy corto: un comercio de vasos etruscos muy poco surtido, y los que se nos ofrecian por un precio triple cada uno de lo que nos hubieran costado en Paris; un cuadrado que pretenden es de Rafael, pero cuando mas será de Julio Romano, que habia sido robado y luego devuelto por el intermedio de un confesor, estando depositado en casa del juez, que muy bien podia llegar á ser

su propietario definitivo ; en fin, la iglesia catedral, privada en aquel momento de obispo, puesto que el último prelado había muerto, y correspondiendo al rey de Nápoles provisionalmente percibir sus beneficios, que ascienden á unos 17,000 francos, S. M. S. no se apresuraba á proveer el beneficio vacante.

Estas diferentes visitas, por mas insignificantes que fuesen, no dejaron de entretenernos hasta la comida, que se nos sirvió con una profusion que habíamos encontrado en casa de nuestro buen Gemallaro, pero que no habíamos vuelto á hallar despues. A los postres, recayó la conversacion en los ladrones ; esto nos llevó naturalmente á Savaldore, nuestro futuro guia, y pedimos á Mr. Politi algunas noticias sobre el modo como la gracia de Dios le habia tocado. Pero en lugar de respondernos, nuestro huésped nos prometió referirnos una anecdota acaecida hacia siete ú ocho años en Castro-Giovanni. No queriendo dejar la realidad por la sombra, aceptamos al punto y sin mas preámbulo que hacernos servir el café, y mandar que no se nos interrumpiese bajo ningun pretexto. Mr. Politi comenzó la historia siguiente :

— El 20 de julio de 1826, á las seis de la tarde, el salon del tribunal de Castro-Giovanni estaba, no solo atestado de curiosos, sino que las calles inmediatas rebosaban oleadas de hombres y mujeres que, no habiendo podido encontrar puesto en el recinto donde se administraba la justicia esperaban fuera el resultado del juicio. Consistia esto en que aquel juicio era de la mas alta importancia para toda la poblacion del centro de la Sicilia.

El acusado que entonces comparecia delante de sus jueces, formaba, segun se aseguraba, parte de la gavilla del famoso capitan Luigi Lana que, presentándose tan pronto en el camino de Catania á Palermo como en el de Catania á Girgenti, y algunas veces en los dos, despojaba escrupulosamente á todo viajero que tenia la imprudencia de tomar uno ú otro de los dos caminos.

El señor Luigi Lana era uno de esos jefes de ladrones como no se encuentran mas que en Sicilia y en la Opera Cómica, y que se lanzan á los caminos reales para corregir los abusos de la sociedad, y establecer alguna igualdad entre los favores y las desgracias de la fortuna. Veinte personas habian tenido cuenta con él ; pero de las veinte filiaciones dadas por ellas, no habia dos que concordasen. Segun unos era un jóven bello, rubio, de veinte y cuatro á veinte y cinco años, y que tenia el aspecto de una mujer : segun otros, era un hombre de cuarenta á cuarenta y cinco años, de facciones fuertemente pronunciadas, tez del rostro aceitunada, y cabellos negros y crespos. Habia quien decia que le habia visto entrar en las iglesias, y rezar allí sus oraciones con una uncion capaz de avergonzar á los mas fervientes monjes, y algunos otros le habian oido proferir blasfemias capaces de hacer se abriera el cielo, y le tenian por un impío y por un réprobo. En fin, los habia tambien, pero eran los menos, preciso es confesarlo, que decian que en el fondo era un hombre mucho mas honrado que los que le perseguian para prenderle, y observador mas rigido de una simple promesa de palabra que muchos comerciantes lo son de una obligacion escrita :

estos se apoyaban en un hecho que probaba que efectivamente el maestro Luigi Lana no se chanceaba con sus compromisos. Hé aquí el suceso sobre el cual basaba la buena opinion que habian concebido y emitian relativamente á este singular personaje.

Un dia que era perseguido, encontró asilo en casa de un rico señor siciliano llamado el marqués de Villalba; al separarse de él, Luigi, reconocido, le habia prometido que él y los suyos podian en adelante viajar por Sicilia con toda seguridad. Confiando en esta promesa, el marqués de Villalba habia enviado á su mayordomo, algunos dias antes del suceso de aquel dia, á hacer un pago en Cefalu; pero entre Polizzi y Collesano, el mayordomo habia sido detenido por un ladron. El pobre diablo tuvo buen cuidado de decir que pertenecia á la casa del marqués de Villalba, y que el marqués de Villalba tenia para sí y los suyos un salvoconducto del capitan; el bandido no habia escuchado sus reclamaciones, y habia dejado al pobre mayordomo desnudo como un gusano. Viéndose en la imposibilidad de continuar su camino, el mayordomo habia vuelto piés atrás, y pedido hospitalidad en la primera casa de Polizzi; desde allí habia escrito á su señor el accidente que le habia sucedido, pidiéndole instrucciones sobre lo que debia hacer. El marqués de Villalba, que no pensaba ir á exigir de Lana el cumplimiento de la promesa que le habia hecho y á la que tan pronto habia faltado, estaba á punto de escribir al pobre mayordomo que se volviese al castillo, cuando le entregaron dos sacos que un desconocido acababa de llevar para él, de parte del capitan Luigi Lana. El mar-

qués abrió los dos sacos. El primero contenia la suma que habia sido robada al mayordomo, y el segundo la cabeza del ladron.

Al mismo tiempo el mayordomo recibia en la casa donde se habia refugiado, y por otro mensajero desconocido, los vestidos de que habia sido despojado.

Desde aquel momento, ningun bandido trató ya de aproximarse ni al marqués de Villalba ni á nadie de su casa.

Como hemos dicho, pues, el 10 de julio de 1826, se juzgaba por el tribunal de Castro-Giovanni á un hombre acusado de formar parte de la cuadrilla de Luigi Lana, y de quien se sospechaba ser el asesino de un viajero inglés tres meses antes, es decir, el 18 de mayo, entre Centorbi y Paterno. Como el inglés habia muerto dos dias despues de recibir cuatro puñaladas, no habia medio de conocer al culpable por el careo. Pero antes de espirar, el moribundo, que habia conservado durante aquel accidente una sangre fria digna del país donde habia nacido, habia dado del asesino una filiacion de tal modo exacta, que gracias á aquella filiacion, se habia preso al culpable seis semanas despues.

Cuando decimos el culpable deberiamos decir simplemente el acusado, porque las opiniones estaban sumamente divididas sobre el individuo que comparecia delante del señor Bartolomeo, juez de Castro-Giovanni. En efecto, á pesar de la declaracion del inglés moribundo, á pesar de la identidad de la filiacion con los rasgos de su fisonomia, el preso sostenia que era víctima de un error de parecido, y que el mismo dia que habia tenido

lugar el asesinato, estaba él en el puerto de Palermo, donde en aquel momento ejercía el oficio de facchino. Desgraciadamente el señor Bartolomeo, juez de Castro-Giovanni, parecía estar colocado en el número de las personas poco dispuestas á creer aquella negativa, lo cual dejaba, como se conoce fácilmente, poquisima esperanza al pobre diablo, que por toda defensa argüía una coartada que no podía probar.

Estaban, pues, en esto las cosas, aguardando de minuto en minuto se pronunciase el fallo, cuando un jóven de buena figura, de veinte y ocho á treinta años, vestido con un uniforme de coronel inglés, y seguido de dos criados á caballo como él, entró en Castro-Giovanni, viniendo en direccion de Palermo, y se detuvo en el hotel del *Ciclope*; cuyo dueño era Gaëtano Pacca. Como viajeros de aquella calidad eran raros en Castro-Giovanni, el señor Gaëtano acudió en persona á la puerta, y no quiso ceder á nadie el honor de tener la brida del caballo del extranjero, mientras este echaba pié á tierra. El oficial, que, como hemos dicho, iba seguido de dos criados, quiso desde luego oponerse á este exceso de política; pero viendo que su futuro huésped insistía, no quiso contrariarle por tan poco; echó pié á tierra con todas las reglas de la equitacion, y entró en la posada sacudiendo ligeramente con su látigo el polvo amasado sobre sus botas y su pantalon.

— Soy el humilde servidor de vuestra excelencia, dijo al coronel el señor Gaëtano, el cual habiendo arrojado la brida del caballo en las manos de uno de los criados, había entrado detrás del extranjero, y estará

eternamente orgulloso de que un señor del rango de vuestra excelencia se haya apeado en la fonda del *Ciclope*. Vuestra excelencia acaba sin duda de hacer un largo viaje, y un largo viaje abre el apetito. ¿Qué haré servir á vuestra excelencia para su comida?

— Mi querido señor Pacca, dijo el extranjero, con un acento maltés fuertemente pronunciado, y con un aire de altanería que redujo mucho la política un poco familiar de maese Gaëtano, hacedme en primer lugar el favor de responder á una pregunta que deseo haceros: despues vendremos á parar á la proposicion que habeis tenido la bondad de hacerme.

— Estoy á las órdenes de vuestra excelencia, dijo el huésped del *Ciclope*.

— Muy bien. Quisiera saber cuántas millas hay desde Castro-Giovanni al castillo de mi honorable amigo el príncipe de Paterno.

— Vuestra excelencia sin duda no cuenta andar un camino tan largo hoy, y sobre todo á estas horas.

— Perdon, mi querido Pacca, replicó el extranjero con el mismo tono burlesco que se había podido observar ya en el acento con que acompañaba sus palabras, mas no conoceis que respondeis á mi pregunta con otra pregunta. Os pregunto cuántas millas hay desde aquí al castillo del príncipe de Paterno, ¿comprendeis?

— Diez y siete millas, excelencia.

— Muy bien: con mi caballo es asunto de tres horas, y siempre que yo salga á los ocho de la noche, todavía llegaré antes de las doce: preparad mi comida y

la de mis gentes, y haced que echen pienso á nuestros caballos.

— ¡ Señor Dios ! exclamó el posadero, ¿ tendria vuestra excelencia intencion de viajar de noche ?

— ¿ Y porqué no ?

— Pero vuestra excelencia debe saber que los caminos no están seguros.

El extranjero se puso á reir con una indefinible expresion de desprecio ; por último, despues de un instante de silencio :

— ¿ Qué hay, pues, que temer ? preguntó continuando sacudiendo el polvo de su pantalon con el látigo.

— ¿ Qué hay que temer ? ¿ Vuestra excelencia lo pregunta ?

— Sí, lo pregunto.

— ¿ Vuestra excelencia no ha oído hablar de Luigi Lana ?

— ¿ De Luigi Lana ? ¿ Quién es ese hombre ?

— Ese hombre, excelencia, es el mas terrible bandido que la habido jamás en Sicilia.

— ¿ De verdad ? dijo el extranjero con el mismo tono truhanesco.

— Sin contar con que en este mismo momento está desesperado, continuó el posadero. Y desde ahora aseguro que no dará cuartel á nadie.

— ¿ Y porqué está exasperado, maese Gaetano ? Veámos, contádmelo.

— De que se juzga en estos momentos á uno de los hombres de su compañía.

— ¿ Dónde es eso ?

— Aquí mismo, excelencia.

— ¿ Y sin duda ese tuno será condenado ?

— Me lo temo, excelencia.

— ¿ Y porqué lo temeis, maese Gaetano ?

— ¿ Porqué, excelencia ? porque Luigi Lana es un hombre capaz por vengarse de prender fuego á los cuatro ángulos de Castro-Giovanni.

El extranjero prorumpió en una carcajada.

— ¿ Puedo saber porqué se rie vuestra excelencia ? preguntó el posadero completamente estupefacto.

— Me rio de que un hombre de corazon haga temblar á ocho ó diez mil cobardes como vos, respondió el extranjero con un aire mas despreciativo que nunca. Y, continuó despues de una corta pausa, ¿ creéis, pues, que ese hombre será condenado ?

— No me queda duda ninguna, excelencia.

— Siento no haber llegado mas pronto, respondió el extranjero como si hablase consigo mismo ; no me hubiera disgustado ver la figura que hará el pícaro al oír pronunciar su sentencia.

— Acaso es tiempo todavía, dijo maese Gaetano ; y si vuestra excelencia quiere distraerse en esto esperando á que sea servida su comida, escribiré cuatro letras al juez Bartolomeo, de quien tengo el honor de ser compadre, y no dudo que con mi recomendacion hará que coloquen á vuestra excelencia en el recinto mismo de los abogados.

— Gracias, mi querido señor Pacca, dijo el extranjero levantándose y avanzando hácia la puerta ; gracias,

pero seria probablemente ya demasiado tarde: oigo un gran ruido de gente que se vuelve, sin duda porque la sentencia está pronunciada.

En efecto, el tropel que diez minutos antes se oprimía al rededor del tribunal, se diseminaba en aquel momento por las calles; y á la manera que un huracan, cerniéndose sobre la ciudad, las palabras; á muerte, á muerte! resonaban repetidas por cuatro ó cinco mil voces.

El acusado, á pesar de sus negativas reiteradas, no habiendo podido presentar ningun testigo para su descargo, acababa de ser sentenciado á la horca.

El jóven coronel permaneció en la puerta hasta que aquel tropel que miraba, frunciendo las cejas y mordiéndose el bigote, hubo pasado; luego, cuando la calle quedó, á excepcion de pequeños grupos diseminados por ella, cuando la calle quedó solitaria, se volvió hácia el posadero, que estaba respetuosamente detrás de él levantándose sobre las puntas de los piés, é intentando ver por encima de sus hombros.

— ¿Y cuándo creéis que este hombre será ejecutado? mi querido señor Pacca, preguntó el extranjero.

— Pasado mañana por la mañana, sin duda, respondió maese Gaetano; hoy la sentencia, esta noche la confesion, mañana la capilla ardiente, pasado mañana el suplicio.

— ¿Y á qué hora?

— A eso de las ocho de la mañana es la hora ordinaria.

— ¡A fe mia! Me entra un deseo, dijo el coronel.

— ¿Cuál, excelencia?

— Es, ya que no he podido ver juzgar á ese tuno, ver al menos ahorearle.

— Nada mas fácil, vuestra excelencia puede partir mañana por la mañana, hacer su visita á su amigo el príncipe de Paterno, y estar de vuelta aquí mañana al anochecer.

— Teneis un piquito de oro, mi querido señor Gaetano, respondió el coronel sacando por fuera de su uniforme encarnado la guirindola de batista; lo haré como lo decís. Así, pues, ocupaos de mi comida y de mi habitacion; procurad que todo sea, no diré bueno, sino pasadero; como me aconsejais, partiré mañana por la mañana y volveré mañana mismo al anochecer. Durante ese tiempo ocupaos, pues, de tenerme un buen sitio para presenciar la ejecucion, un balcon, por ejemplo; lo pagaré en lo que quieran.

— Haré mas que eso, excelencia.

— ¿Qué hareis? mi querido señor Pacca.

— Vuestra excelencia sabe que es costumbre que el juez asista al suplicio sobre un estrado.

— ¡Ah! ¿es esa la costumbre? No, no lo sabia; ¿pero qué importa? continuad.

— ¡Y bien! Pediré al juez, de quien, como he dicho ya, me parece, tengo el honor de ser compadre, le pediré un sitio próximo á él para vuestra excelencia.

— Perfectamente, maese Gaetano; y por mi parte os prometo, si lo conseguís, no comprobar la exactitud de

vuestra cuenta, y guiarme únicamente por la suma total.

— Vamos, vamos, dijo maese Gaetano, veo que todo se puede arreglar, y espero que vuestra excelencia dejará mi casa satisfecho del fondista y de la fonda.

— Así lo espero, mi querido señor Gaetano; pero mientras espero la comida, que me temo se hará esperar, ¿no teneis nada que darme á leer para distraerme?

— Si tal, excelencia, si tal, replicó maese Gaetano, abriendo un armario donde yacian entre el polvo algunos malos libros descabalados. Hé aqui la *Guia del viajero en Sicilia*, por el ilustre doctor Francesco Ferrara; hé aqui dos volúmenes de las *Poesías ligeras* del abate Meli; hé aqui la *Historia del terrible bandido Luigi Lana*, adornada de su retrato, copiado del natural.

— ¡Oh, diablo! Mi querido huésped, dadme ese libro; dádmele pronto, os lo ruego; tengo curiosidad de saber qué figura se le ha puesto.

— Hélo aquí, excelencia, hélo aquí.

— Peste... ¡Mas sabeis que es un villano vuestro amigo Luigi Lana, con sus grandes bigotes, sus ojos saltones, sus cabellos despeinados, su sombrero de pilon de azúcar y sus pistolas en la cintura.

— ¡Pues bien! Esta copia, por terrible que sea, todavía no es nada en comparacion del original.

— ¿De veras?

— Puedo afirmarlo á vuestra excelencia.

— ¿Le habeis visto, pues, mi querido señor Gaetano? preguntó el jóven coronel balanceándose en su silla y mirando al posadero con el aire mas socarron.

— No, excelencia, no precisamente yo, pero he hospedado á pobres diablos de viajeros, que le habian encontrado por su desgracia, que me han hecho su retrato desde los piés hasta la cabeza.

— ¡Bah! El miedo les habrá turbado la vista y habrán exagerado. En todo caso, mi querido huésped, ahora que tengo esto que deseaba, ocupaos de mi comida, os lo suplico, mientras veré si los actos de este terrible personaje corresponden á su figura.

— Al instante, excelencia, al instante.

El viajero hizo un movimiento con la cabeza que indicaba que sabia perfectamente lo que debía pensar de súbito italiano, y tendiéndose en dos sillas, se dispuso con un abandono enteramente meridional á comenzar su lectura.

Sin duda, á pesar de la especie de desprecio con que habia abierto el libro, las aventuras que contenia ofrecian algun interés á la imaginacion del coronel, porque cuando maese Gaetano volvió al cabo de media hora, le encontró en la misma postura, y entregado á la misma ocupacion.

Si el coronel habia empleado bien su tiempo, maese Gaetano no habia perdido el suyo: despues de haber conversado con el amo, habia hecho hablar á los criados, y habia sabido por ellos, que el viajero á quien tenia el honor de hospedar en aquel momento, era un jóven maltés, que gozando de una fortuna de cien mil libras de renta, habia comprado un regimiento en Inglaterra. Faltábale saber el nombre de este extranjero. Mas el propietario de la fonda del *Ciclope* habia hallado

un medio muy sencillo para conocerle; llevó su registro al jóven viajero para que lo firmase, segun la costumbre italiana.

El coronel, conociendo que alguno se paraba cerca de él, levantó los ojos y vió á su huésped; al ver el registro adivinó la intencion, extendió el brazo, cogió una pluma, y en el sitio que le indicaba con el dedo maese Gaëtano, escribió estas tres palabras: *coronel Santa-Croce*.

Maese Gaëtano estaba muy satisfecho, sabía todo lo que deseaba saber.

— Ahora, dijo, cuando vuestra excelencia quiera ponerse á la mesa, la sopa está servida.

— ¡Oh, oh! dijo el jóven coronel, ¿porqué no me habeis dicho eso antes? mi querido señor Pacea, os hubiera ahorrado el trabajo de desarreglar vuestro servicio.

— ¡Cómo, desarreglar mi servicio, excelencia! ¿no está arreglado á vuestro gusto?

— Sí tal, mi querido señor Gaëtano, sí tal; pero tengo costumbre de secarme las manos con holanda, comer con plata; no es esto decir que vuestras rodillas no estén muy limpias, y vuestros cubiertos de estaño perfectamente estañados; mas con vuestro permiso, no me serviré de eso. Llamad á mi criado.

Maese Gaëtano obedeció al instante, aunque un poco humillado por la afrenta que le había hecho el coronel; pero como le había ofrecido no examinar la cuenta, se prometió incluir aquella afrenta en su lista.

Cinco minutos despues entró el ayuda de cámara con

un neceser tan grande como una maleta, y sacó de un estuche plano dos ó tres cubiertos de plata y un vasito de plata sobredorada, todo con las armas del coronel.

El coronel se aprovechó de la comida de maese Gaëtano con el aire desdeñoso de un príncipe; probó apenas de cada plato, luego, concluida la comida, viendo que el tiempo estaba hermoso, y que hacia una luna magnífica, se dispuso á dar una vuelta por la ciudad.

Maese Gaëtano ofreció acompañarle, pero el coronel le respondió que preferia estar solo.

Sin embargo, como maese Gaëtano era sumamente curioso por naturaleza, salió diez minutos despues que el coronel, bajo pretexto de ir á pasearse él tambien, mas en realidad, por ver si le encontraba. Sin embargo, aunque no habia mas que dos ó tres calles principales en Castro-Giovanni, la esperanza del digno posadero fué burlada, y no vió nada que se pareciese al aire resuelto y altanero del jóven viajero. Al pasar por delante de la cárcel vió entrar un pobre fraile de la órden de San Francisco; el hombre de Dios iba á preparar al sentenciado á la muerte. El coronel no volvió hasta la media noche. Maese Gaëtano le hubiera preguntado de muy buena gana qué era lo que había encontrado tan curioso en Castro-Giovanni para estarse fuera hasta una hora semejante. Pero cuando abrió la boca para hacer esta pregunta, el jóven le dió con un aire tan desdeñoso la órden de que le despertara á las seis de la madrugada, que maese Gaëtano sintió la voz extinguirse en su garganta, y se inclinó en señal de obediencia sin responder una palabra. El coronel se encerró con su ayuda de cá-

mara, y no salió de su habitacion hasta la una de la noche.

A las siete de la madrugada, el coronel, despues de haber tomado tan solo una taza de café negro, partió, segun dijo, para el castillo del príncipe de Paterno, no llevando consigo mas que su ayuda de cámara, y dejando el otro criado para guardar los equipajes y recordar á maese Gaetano la promesa que le habia hecho de guardarle un sitio cerca del juez para presenciar la ejecucion.

No era una cosa comun en Castro-Giovanni una ejecucion; así el dia que precedió á la muerte del pobre sentenciado fué sumamente agitado; todos corrian por las calles, mientras las campanas tocaban, y era con el objeto de saber alguna noticia por el juez ó por el carcelero. Se creia que el culpable, no teniendo mas esperanza de dulcificar el rigor de su suplicio que por el arrepentimiento que mostrase, haria revelaciones y que se sabria asa liguna cosa de positivo acerca de él y de aquel terrible Luigi Lana, su capitan. La esperanza general se vió burlada; no solo el sentenciado no hizo revelacion alguna, sino que por el contrario, continuó protestando de su inocencia, repitiendo sin cesar que el dia mismo del asesinato estaba en Palermo, es decir, cerca de ciento cincuenta millas distante del lugar en que habia sido perpetrado.

El mismo confesor no habia podido sacar de él otra cosa; y el reverendo fraile habia salido de la prision diciendo que temia mucho que la justicia de los hombres, creyendo castigar un culpable, hiciese un mártir.

Así pasó el dia en medio de las discusiones mas animadas sobre la culpabilidad ó inocencia del sentenciado; luego al anochecer viéronse iluminar las ventanas de la capilla ardiente en la que debia pasar la noche. A las diez el mismo fraile que habia ido ya á consolarle en su prision, fué introducido en la capilla y no abandonó al preso hasta las once y media. Despues de su marcha, el sentenciado, que habia estado muy agitado todo el dia, pareció tranquilo.

A media noche el coronel volvió con su ayuda de cámara á la fonda del *Ciclope*, y hallando á maese Gaetano que le esperaba, le recomendó que tuviese gran cuidado de sus caballos, que acababan de hacer una larga jornada; luego se informó de si la comision de que su huésped se habia encargado estaba desempeñada á su satisfaccion. Maese Gaetano le respondió que su compadre el juez se creia muy feliz haciendo algo que fuera agradable á su excelencia, y que tendria al dia siguiente próximo á él y en el mismo estrado el sitio que deseaba.

Durante toda la noche doblaron las campanas para recordar á las almas piadosas que debian orar por el desgraciado.

Al dia siguiente á las cinco, las calles que conducian desde la cárcel al lugar del suplicio estaban llenas de curiosos; los balcones presentaban una muralla de cabezas, y aun las azoteas crujian bajo los espectadores.

A las siete fué el juez á ocupar su lugar sobre el estrado con los dos escribanos, el jefe de noche y el comisario: como se lo habia prometido, maese Gaetano

habia reservado un asiento para el coronel cerca del juez. A las siete y media llegó, dió gracias con mucha galantería, y con un aire que trascendía á una legua su elevada alcurnia, al juez por su complacencia, y habiendo mirado la hora en un magnífico reloj guarnecido de diamantes, para ver si tendría demasiado tiempo que aguardar, se sentó en el sitio de honor en medio de las autoridades de la ciudad de Castro-Giovanni.

A las ocho doblaron las campanas con un religioso redoble : indicaban que el sentenciado salía de la cárcel.

Al cabo de algunos minutos un rumor creciente anunció la aproximación del sentenciado. En efecto, muy luego se vió aparecer el verdugo, que le precedía á caballo, después cuatro guardias, que marchaban detrás del verdugo, luego el reo á caballo en un asno, con la cabeza vuelta hacia la cola, y marchando hacia atrás, con el objeto de que no perdiese de vista el ataúd, que llevaban detrás los hermanos de la Misericordia, y por último, toda la población de Castro-Giovanni, que cerraba la marcha.

El condenado parecia escuchar con aire bastante distraído las exhortaciones del fraile que le acompañaba. Se decia por todas partes que aquella distracción provenia de que el fraile no era el mismo que le habia ido á ver en su prision; en efecto, cuando esperaban ver llegar al fraile, no habia aparecido, y habia sido preciso correr en busca de otro para que el reo no muriese privado de los recursos de la religion.

Sea como quiera, el pobre diablo, como hemos dicho,

parecia muy inquieto, y echaba á derecha é izquierda sobre la multitud miradas que indicaban el estado de su espíritu. De cuando en cuando tambien, contra la costumbre de los reos que se evitan aquel espectáculo el mayor tiempo posible, se volvia hacia el cadalso, sin duda para calcular los momentos que le quedaban de vida. De repente cuando llegó delante del estrado del juez, y en el momento en que el confesor le ayudaba á bajar del asno, el reo dió un gran grito, y señalando con un movimiento de cabeza, porque sus manos estaban atadas, al coronel sentado en medio del juez :

— Padre mio, exclamó dirigiéndose al fraile, padre mio, hé allí un caballero que si quiere puede salvarme.

— ¿Cuál? preguntó el padre con admiración.

— El que está cerca del juez, padre mio; aquel que tiene un uniforme encarnado y charreteras de coronel. El Dios misericordioso es quien le pone en mi camino, padre mio. ¡Milagro, milagro!

Y todos se pusieron á repetir ¡milagro! después del reo, sin saber todavía de qué se trataba; lo que no impidió que el verdugo se aproximase á la víctima á fin de comenzar su oficio; pero el confesor se colocó entre los dos.

— Deteneos, dijo; ¡en nombre de Dios, deteneos! Juez, continuó el fraile, este desgraciado dice que reconoce cerca de tí un testigo que puede salvarle la vida atestigüando que está inocente. Juez, te conjuro que oigas á ese testigo.

— ¿Y quién es ese testigo? preguntó el juez levantándose sobre el estrado.

— ¡ El coronel Santa-Croce, el coronel Santa-Croce ! exclamó la víctima.

— ¡ Yo ! dijo con admiracion el coronel levantándose á su vez ; ¡ yo, amigo mio ! seguramente os engañais, y aunque sabeis mi nombre, por mi parte no os conozco.

— No le conocéis, ¿ eh ? preguntó el juez.

— De ningún modo, respondió el coronel despues de haber mirado al reo con mas atención todavia que la primera vez.

— Ya dudaba yo de ello, replicó el juez meneando la cabeza ; es una de esas astucias comunes de estos miserables.

Luego se volvió á sentar, haciendo señal al verdugo de que continuase su oficio.

— ¡ Coronel ! exclamó el paciente : ¡ coronel, no me dejareis morir así, cuando con una palabra podeis salvarme ! ¡ Coronel, dejadme únicamente dirigiros una pregunta !

— ¡ Si, sí ! gritó la multitud ; es justo, dejad hablar al reo, dejadle hablar.

— Señor juez, dijo el coronel, yo creo que la humanidad exige cedamos á la súplica de este desgraciado. Si quiere engañarnos, no importa, lo conoceremos muy bien, y en ese caso no habrá retardado su muerte mas que algunos minutos.

— Nada tengo que rehusar á vuestra excelencia, dijo el juez ; pero á la verdad, no merece la pena, creedme, coronel, de darle esta satisfaccion.

— Os la pido por mi propia conciencia, caballero, dijo el coronel.

— Ya he dicho á vuestra excelencia que estaba á sus órdenes.

— Luego levantándose :

— ¡ Guardias ! añadió, traed al reo.

Llevaron al desgraciado. Estaba pálido como la muerte y todos sus miembros temblaban.

— ¡ Y bien, canalla, dijo el juez ; ya estás frente á frente de su excelencia ; habla, pues.

— Excelencia, dijo el sentenciado, ¿ no os acordais que el 18 de mayo último habeis desembarcado en Palermo viniendo de Nápoles ?

— No sabré precisar el dia con tanta exactitud como vos lo haceis, amigo mio ; pero la verdad es que hácia esa época he llegado á Sicilia.

— ¿ No os acordais, excelencia, del mozo que llevó vuestras maletas en una carretita desde el puerto á la *fonda de los Cuatro Cantones* donde os alojásteis ?

— Me alojé efectivamente en la *fonda de los Cuatro Cantones*, respondió el coronel ; pero lo confieso, ya he olvidado completamente la fisonomia del hombre que me condujo á ella.

— Pero lo que no habeis podido olvidar, excelencia, es que al pasar por delante de la puerta de un cerrajero, uno de sus aprendices que salia llevando una barra de hierro sobre el hombro, me dió con ella un golpe en la cabeza y me hizo esta herida. Mirad.

Y el sentenciado adelantando la cabeza enseñó efectivamente una cicatriz apenas cerrada todavia que le señalaba la frente.

— Si, teneis razon, completa razon, dijo el coronel,

me acuerdo de esa circunstancia como si sucediera en este momento.

— Y en prueba de ello, continuó alegre el reo, que viéndose reconocido, comenzaba á recobrar esperanzas, en prueba de ello, que como caballero generoso que sois, en lugar de darme seis reales que os habia pedido me disteis dos napoleones.

— Todo eso es la verdad exacta, dijo el coronel volviéndose hácia el juez, pero vamos á quedar mas seguros todavía : llevo conmigo la cartera donde he apuntado dia por dia lo que he hecho, asi me será fácil asegurarme de si este hombre nos cita una fecha falsa.

— Buscad, buscad, coronel, dijo el reo, ahora estoy seguro de mi suerte.

El coronel abrió su cartera, llegó á la fecha indicada y leyó en voz alta :

« Hoy 18 de mayo llego á Palermo á las once de la mañana. — Tomo en el puerto un pobre diablo que ha sido herido llevando mis maletas. — Alojado en la *fonda de los Cuatro Cantones*. »

— ¿ Lo veis ? ¿ lo veis ? exclamó el reo.

— A fe mia, señor juez, dijo el coronel, volviéndose hácia maese Bartolomeo, si efectivamente el 18 de mayo es cuando se ha perpetrado el asesinato de que es acusado este pobre hombre, debo afirmar por mi honor que el 18 de mayo estaba en Palermo, en donde, como consta en mi libro de memorias, ha sido herido estando á mi servicio. Por tanto, como no podia estar á la vez en Palermo y en Centorbi, precisamente es inocente.

— ¡ Inocente ! ¡ inocente ! gritó la multitud.

— Si, ¡ inocente, amigos míos, inocente ! dijo el reo. Bien sabiayo que Dios haria un milagro en mi favor.

— ¡ Milagro ! ¡ milagro ! exclamó la multitud.

— ¡ Pues bien ! dijo el juez, le haremos conducir otra vez á la cárcel y procederemos á otra indagatoria.

— No, no, ¡ libre ! ¡ libre en el instante mismo ! gritó el pueblo, y á estas palabras, una parte de la multitud yendo hácia el estrado arrebató al reo y le desató las manos, mientras que la otra derribaba el patíbulo y perseguia al verdugo á pedradas.

El coronel fué llevado en triunfo á la *fonda del Ciclope*. Todo el dia estuvo de fiesta Castro-Giovanni ; y cuando el coronel abandonó la ciudad hácia el medio dia, con gran trabajo pudo abrirse paso con su caballo por entre las oleadas del pueblo que le besaba las manos gritando : ¡ Viva el coronel Santa-Croce ! ¡ Viva el salvador del inocente !

En cuanto al condenado, como todos querian hablarle y oír de su propia boca la relacion de la aventura, no pudo gozar algo de libertad hasta la noche. Se aprovechó de ella al instante para tomar por una callejuela, cuya estrechez la hacia mas sombría todavía ; luego, por aquella callejuela, llegó á la puerta de la ciudad, y por último, una vez fuera de la ciudad, ganó á todo correr una garganta de la montaña, donde desapareció.

Al dia siguiente recibió el juez una carta de Luigi Lana, en la que el jefe de los bandidos le daba gracias por su condescendencia en ofrecerle un asilo en su propio estrado, le suplicaba además ofreciese sus cumpli-

mientos á su compadre maese Gaetano, propietario de la *fonda del Ciclope*.

Pero por mas libre que quedase el reo, la impresion producida en su espiritu por la vista del patibulo, al cual habia, por decirlo así, tocado con el dedo, habia sido tan real, que resolvió, á pesar de las exhortaciones de sus camaradas, abandonar la vida que habia llevado hasta allí y reconciliarse con la policia.

El religioso que le habia acompañado en el tránsito de la cárcel hasta el patibulo, fué el intermediario entre él y la autoridad; la súplica fué transmitida al virey, y como el bandido no pedia mas que se le conservase la vida prometiendo ser en lo sucesivo un modelo de probidad, despues de algunas conferencias entre el fraile y el virey le fué concedida su peticion, con la única condicion de que haria pública retractacion con los piés descalzos y atado el cuerpo con una cuerda.

Esta ceremonia tuvo lugar en Palermo con gran edificación de los fieles.

Hé aquí lo que sucedió en Castro-Giovanni el 20 de julio del año de gracia 1826.

— Y despues pregunté á Mr. Politi, ¿qué ha sucedido á ese buen hombre?

— Ha tomado el nombre de Salvadore, sin duda en memoria del modo milagroso como se salvó; se ha hecho mozo de mulas, á fin de ganar su vida de un modo honrado, como se habia comprometido á hacerlo; y si lo que os he contado no os inspira gran desconfianza, tendrá el honor de ser mañana por la mañana vuestro guia desde Girgenti hasta Palermo.

EL INTERIOR DE LA SICILIA.

Al dia siguiente, por mas diligentes que anduvimos, no nos pusimos en camino hasta las nueve de la mañana. Habíamos pedido una mula de refuerzo para Cama; pero cuando él se vió por la primera vez de su vida encaramado en lo alto de una silla sin otro apoyo que dos estribos de designal longitud, declaró que la brida le parecia un punto de apoyo demasiado insuficiente para que le confiase la conservacion de su persona. Por tanto, con la ayuda de Salvadore, se apeó y se volvió á enviar la mula.

Entretanto, se acomodaba nuestro equipaje sobre la mula de transporte. Como era bastante considerable, Cama observó que formaba sobre el lomo del animal una superficie plana de tres á cuatro piés de diámetro. Esta azotea pareció á Cama un verdadero asilo de seguridad comparado con la aguda extremidad de la silla, y pidió se le dejase acomodarse como pudiera sobre aquella pequeña plataforma. Salvadore, consultado para saber si su mula podia llevar aquel exceso de peso, respondió que